

si las cosas no se arreglan de modo que resulte efectivo, culpa de ellas es; considerado en sí mismo, posee esa armonía interior por cuya virtud vive una cosa real. y aun una armonía más alta, puesto que, á diferencia de las cosas reales, se halla construido por entero, hasta en el mínimo de los pormenores, en vista de la belleza. Ha nacido el *arte*: he ahí el gran carácter del siglo, el carácter que distingue á este poema de todos los relatos semejantes acumulados por la Edad Media. Incoherentes, mutilados, yacían estos últimos como reliquias ó esbozos que las manos débiles de los troveros no habían podido reunir en un monumento. Por fin aparecen los poetas y los artistas, y con ellos el sentimiento de lo bello, es decir, la impresión del conjunto. Los poetas y los artistas comprenden las proporciones, las relaciones y los contrastes: *compone*. En sus manos, el bosquejo borroso é incierto se define, se completa, se destaca, se colora y se hace un cuadro. Cada objeto, pensado é imaginado de esa suerte, adquiere el ser definitivo al adquirir la forma verdadera; al cabo de siglos se le reconoce, se le admira é impresiona; más aún: impresiona su autor. Porque el artista, á más de los objetos que pinta, se pinta á sí mismo, imprimiendo en su obra el pensamiento matriz que la engendra y dirige. Spenser es superior á su asunto, le abraza por entero, le amolda á su fin; y por eso marca en él el sello propio de su alma y de su genio. Cada relato se desenvuelve en vista de otro, y todos en vista de cierto efecto común; por eso de tal concierto surge una belleza, la que existe en el corazón del poeta, y la que toda su obra ha procurado hacer sensible: belleza noble al par que risueña, compuesta de elevación moral y de seducciones sensibles, inglesa en el fondo, italiana exterior-

mente, caballeresca por su manera, moderna por su perfección, y que manifiesta un momento único y admirable: la aparición del paganismo en una raza cristiana y el culto de la forma en una imaginación del Norte.

### § 3.—*La prosa.*

#### I

Un momento así no dura mucho: la savia poética se gasta en el florecimiento poético, y la expansión conduce al declive. Desde los primeros años del siglo XVII se hace sensible la degeneración de las costumbres y de los genios. El entusiasmo y el respeto bajan. Los favoritos y fatuos de la corte intrigan é hincan la uña, entre pedanterías, puerilidades y ostentaciones. La corte roba, y la nación murmura. Los Comunes principian á formalizarse, y el rey, que los amonesta como un maestro de escuela, se doblega ante ellos como un chiquillo. Ese pobre rey aguanta las acritudes de sus favoritos; les escribe en estilo de comadre; se cree un Salomón; hace alardes de escritor, y dando audiencia á un cortesano, le recomienda su reputación de sabio. La dignidad del gobierno flaquea, y la lealtad del pueblo se entibia. Decae el trono y se prepara la revolución. A la vez el noble paganismo caballeresco degenera en vil y escueta sensualidad (1). «El

(1) Harrington's *Nugae antiquae*.



rey, dice un contemporáneo, acaba de emborracharse de tal manera con el rey Cristián de Dinamarca, que ha habido que llevarlos á una cama á los dos...» Las damas olvidan su sobriedad, y en los festines se las ve á lo mejor rodar beodas por el suelo. «Ultimamente, en una *mascarada*, dice un cortesano maligno, se dió un verdadero escándalo. La dama que representaba el papel de reina de Saba, iba á ofrecer á sus majestades dones preciosos; pero, olvidándose de las gradas que conducían al dosel, tiró los cofrecillos en el regazo de su majestad danesa, y cayó á sus pies, ó, más bien, sobre su cara. Grande fué la confusión que se produjo. Inmediatamente se echó mano de toallas y servilletas para limpiarlo todo. Entonces se levantó su majestad y quiso bailar con la reina de Saba; pero lo que hizo dar consigo en el suelo, humillándose delante de ella; fué así, que hubo que llevarla á un aposento interior y ponerla en una cama de respeto, que no quedó muy bien parada con los presentes que la reina de Saba había derramado en su vestido, tales como vino, nata, tortas, especias y otras buenas cosas. Continuaron la fiesta y la representación, y la mayoría de los actores se marcharon ó dieron con sus cuerpos en el suelo: hasta tal punto se les había subido el vino al piso principal... En esto aparecieron la Fe, la Esperanza y la Caridad, con ricos atavíos. Trató de hablar la Esperanza; pero el vino había debilitado sus fuerzas en términos que tuvo que retirarse, esperando que el rey se dignaría dispensar su concisión... La Fe salió del salón tambaleándose... Las dos estaban indispuetas, y fueron á vomitar á la sala de abajo... Si es la Victoria, después de un lamentable tartamudeo, se la llevaron como una pobre cautiva, y la dejaron en los escalones exteriores de la antecámara para que echase

un sueño. En cuanto á la Paz, rompió su rama de olivo sobre el cráneo de los que querían impedirla entrar.» Nótese que esas beodas eran grandes damas. «No sucedía eso, añade el autor, bajo el reinado de Isabel», la cual era violenta y terrible, pero no inoble y ridícula. Es que las grandes ideas que dirigen un siglo, conforme se agotan, acaban por no conservar de sí mismas más que sus vicios. El soberbio sentimiento de la vida natural se trueca en vulgar excitación de los sentidos. Bajo Jacobo hay tal *entrada*, tal arco de triunfo, que representa «priápeas»; y más tarde cuando los instintos sensuales, exasperados por la tiranía puritana, lleguen á levantar de nuevo la cabeza bajo la restauración, veremos desencadenarse la orgía en plena crápula, jactándose de sus impudores.

Entre tanto la literatura se altera; el poderoso aliento que la animaba y engrandecía en medio de sus singularidades, refinamientos y exageraciones, se amortigua y disminuye. Con Carew, Suckling y Herrick, sustituye á lo bello lo lindo. Lo que les impresiona no son ya los rasgos generales de las cosas; lo que tratan de expresar no es ya la naturaleza íntima de las cosas. No tienen ya aquella amplia concepción, aquella penetración involuntaria con que el hombre se asimilaba los objetos y se hacía capaz de crearlos por segunda vez. No tienen ya aquel desbordamiento de emociones, aquella superabundancia de ideas y de imágenes que obligaba al hombre á desahogarse en palabras, á representar exterior y libremente el drama interno que hacía estremecer todo su cuerpo y todo su corazón. Son más bien ingenios cortesanos, caballeros á la moda que quieren dar pruebas de imaginación y de estilo. En sus manos el amor se convierte en galantería; escriben canciones, composicio-



nes volanderas, flores á las damas. Ningún arranque del corazón; pulen frases elocuentes para ser aplaudidos y exageraciones lisonjeras para agradar. Los semblantes divinos, las miradas serias ó profundas, las expresiones virginales ó apasionadas que surgían á cada paso en los primeros poetas, han desaparecido; no se ven ya aquí más que caritas agradables pintadas por versos agradables. No está lejos la truhanería: se encuentra ya en Suckling; y también la crudeza y el epicureísmo prosaico dirán bien pronto: «Divirtámonos y burlémonos de los demás.» Lo único que saben pintar aún son las cositas graciosas: un beso, una fiesta de Mayo, un narciso, una primula impregnada de rocío, una abeja. Herrik y Suckling, sobre todo, sacan de ahí poemitas exquisitos, lindos, siempre risueños ó sonrientes, semejantes á los que figuran bajo el nombre de Anacreonte ó que abundan en la Antología. Aquí, como allí, en efecto, declina un paganismo: cesa la energía, y empieza lo agradable. Se conserva siempre el culto de la belleza y de la voluptuosidad; pero se juega con las dos. Cada uno las adorna y las amolda á su gusto; han dejado de dominar y sojuzgar al hombre, el cual ahora se solaza y regocija con ellas. Último rayo de un sol que se pone; con Sedley, Waller y los rimadores de la restauración desaparece el verdadero sentimiento poético; todos ellos escriben prosa versificada; su corazón está al nivel de su estilo, y con la lengua correcta se ve empezar una nueva edad y un nuevo arte.

Al par que las delicadezas melindrosas, venía la afectación: es el segundo signo de las decadencias. En vez de escribir para decir las cosas, se escribe entonces para decir las bien. Cada cual trata de sobrepujar á los demás; se extreman todos los modos de expresi-

sión; se hace caer el arte hacia donde se inclina, y, como en ese siglo se inclina hacia la vehemencia y la imaginación, se acumula el énfasis y el colorido. De un estilo nace siempre una jerga. En todas las artes los primeros maestros, los inventores, descubren la *idea*, se penetran de ella y le dejan producir su forma. Luego vienen los segundos, los imitadores, que deliberadamente repiten esa forma y la alteran exagerándola. Varios, no obstante, tienen talento, como Quarles, Herbert, Habington, y sobre todo Donne, un satírico punzante de una crudeza terrible (1), un poeta vigoroso, de una imaginación precisa é intensa, y que todavía conserva algo de la energía y del estremecimiento de la primera inspiración. Pero todo eso lo echa á perder premeditadamente, y á fuerza de trabajo consigue fabricar un galimatías. Por ejemplo: los poetas apasionados decían á su dueña y señora que, si llegaban á perderla, tomarían aversión á todas las mujeres. Pues Donne, para ser más apasionado, declara que en caso semejante odiará á todo el sexo, con inclusión de su dama, por haber formado parte de él. Mil veces, al leerle, se lleva uno las manos á la cabeza y se pregunta con asombro cómo un hombre ha podido atormentarse así, alambicar de tal suerte su estilo, refinar los refinamientos, descubrir comparaciones tan descabelladas. Era el espíritu del tiempo: Donne se esfuerza por ser ingeniosamente absurdo. Una pulga los había picado á él y á su dama: pues esa pulga, por el hecho de haber juntado su sangre, es «su lecho y su templo de matrimonio. Ahora, dice, por mucho que rabien ella y sus parientes, estamos unidos y enclaustrados en esos muros vivos de

(1) Véase sobre todo su sátira contra los cortesanos.



azabache (la pulga)». Jamás se le ocurrió otro tanto al marqués de Mascarille. ¿Hubieseis creído que un escritor pudiera inventar semejantes tonterías? Seguid; las hay mayores. «El hábito os impulsa quizá á matarme, pero no añadáis á ese asesinato un suicidio y un sacrilegio: tres pecados en tres muertes.» ¿Comprendéis? Eso quiere decir que ella y él no son más que uno, porque los dos se confunden en la pulga, y que así no es posible matar al uro sin matar al otro. Nótese que el juicioso Malherbe escribió enormidades casi iguales en *Las Lágrimas de San Pedro*; nótese que los autores de sonetos en Italia y España alcanzan á la sazón el mismo grado de demencia, y se comprenderá que á la sazón acaba una edad poética en toda Europa.

En esta frontera de la literatura que acaba y la literatura que principia aparece un poeta, uno de los más gustados y más célebres de su tiempo (1), Abraham Cowley, niño precoz, lector y versificador como Pope, y que, como Pope, conociendo más los libros que las pasiones, se ocupó más de las palabras que de las cosas. Rara vez fué más sensible el agotamiento literario. Cowley tiene todos los medios de decir lo que le plazca, y cabalmente no tiene nada que decir. Ha desaparecido el fondo, dejando su puesto á una forma vacía. En vano maneja el poema épico, la estrofa pindárica, todas las clases de estancias, de odas, de versos de arte mayor y menor; en vano apela á todas las comparaciones botánicas y filosóficas, á toda la erudición de la universidad, á todos los recuerdos de la antigüedad, á todas las ideas de la ciencia nueva; bosteza uno leyéndole. Salvo algunos versos descrip-

(1) 1608-1667. Tengo á la vista la undécima edición de 1710.

tivos, salvo dos ó tres ternuras graciosas (1), no siente nada, no hace más que hablar; no es poeta más que de cerebro. Su colección de composiciones amorosas no le sirve más que para dar pruebas de ciencia, para demostrar que ha leído sus autores, que conoce la geografía, que es versado en la anatomía, que tiene una tintura de medicina y astronomía, que sabe descubrir comparaciones y alusiones capaces de romper la cabeza del lector. Dirá que «la belleza es un mal activo pasivo, porque muere tan deprisa como mata»; que su dama comete un crimen invirtiendo tres horas en su tocador todas las mañanas, porque «su belleza, que era un gobierno templado, se transforma con eso en arbitraria tiranía». Después de leer doscientas páginas, le acometen á uno deseos de darle de bofetadas. Para calmarse, es menester reflexionar que toda gran edad debe concluir; que ésta no podía concluir de otro modo; que la antigua y ardiente erupción, el repentino desbordamiento de estro, de imágenes, de curiosidades caprichosas y audaces que corrió en otros días al través del espíritu de los hombres, detenido y enfriado ahora, no puede ya ofrecer más que escorias, espuma coagulada y una multitud de puntas brillantes que hieren. Se dice uno que, después de todo, quizá Cowley tiene talento, y se ve efectivamente que tiene un talento nuevo, desconocido de los antiguos maestros, un talento que indica otra cultura, que exige otras costumbres y anuncia un nuevo mundo. Cowley tiene esas costumbres y es de ese mundo. Es un hombre metódico, razonable, instruido, culto, bien educado, que, después de doce años de servicios en Francia bajo la reina Enriqueta, acaba por

(1) Por ejemplo: *The Spring* (*The Mistress*, t. I, pág. 72.)



retirarse sabiamente al campo, donde estudia la historia natural y prepara un tratado sobre la religión; un pensador que filosofa sobre los hombres y la vida, fecundo en reflexiones y en ideas generales, moralista, y que encarga á su ejecutor testamentario que «no deje pasar en sus escritos nada que pueda parecer remotamente una ofensa á la religión y á las buenas maneras». Tales disposiciones y tal vida preparan é indican, más que un poeta, es decir, más que un vidente y un creador, un escritor, un hombre que sabe pensar y hablar, y que, por tanto, debe haber leído y aprendido mucho, poseer un espíritu tranquilo y despejado, tener la costumbre del trato culto y de los discursos sostenidos. En efecto; Cowley es un escritor, el más antiguo de todos los que en Inglaterra merecen ese nombre. La facilidad y sensatez de su prosa igualan á la tortura y desvarío de su poesía. Un «hombre bien educado», que escribe para personas bien educadas, de modo parecido á como las hablaría si estuviese con ellas en un salón; he ahí, á mi juicio, la idea que se tenía de un buen autor en nuestro siglo XVII. Es la idea que los *Ensayos* de Cowley dejan de su persona. Ese género de talento es el que van á tomar por modelo los escritores de la edad inmediata, y Cowley es el primero de esa grave y amable generación que, pasando por Temple, llega á Adisson.

## II

Parece que en este punto el Renacimiento toca á su fin, y que, al modo de una planta agostada y marchi-

ta, no tiene ya más que ceder el puesto al nuevo germen que empieza á despuntar bajo sus despojos. Pero he aquí que del viejo tronco sale un vástago vivo é inesperado. En el momento en que el arte languidece, brota la ciencia; á eso conduce todo el trabajo del siglo. No son dispares los dos frutos; al contrario, proceden de la misma savia, y la diferencia de sus formas no hace más que manifestar dos momentos diferentes de la vegetación interior que los ha producido. Todo arte termina en una ciencia, y toda poesía en una filosofía. Porque la ciencia y la filosofía no hacen más que traducir en fórmulas precisas la concepción original que el arte y la poesía sensibilizan en figuras imaginarias; cuando la idea de un siglo se ha manifestado en verso por creaciones ideales, llega naturalmente á expresarse en prosa por razonamientos positivos. Lo que había impresionado á los hombres al salir de la opresión eclesiástica y del ascetismo monacal, era la idea pagana de la vida natural libremente desenvuelta; descubrieron la naturaleza enterrada detrás de la escolástica, y la expresaron en poemas y pinturas, por soberbios y espléndidos cuerpos en Italia, y por almas vehementes y apasionadas en Inglaterra, con tal adivinación de sus leyes, de sus instintos y de sus formas, que de sus cuadros y su teatro podía sacarse una teoría completa del alma y del cuerpo. Pasado el entusiasmo, principia la curiosidad. El sentimiento de la belleza deja el puesto á la necesidad de la verdad. La teoría encerrada en las obras de imaginación sale ahora á luz. Los ojos permanecen fijos en la naturaleza, no ya para admirarla, sino para comprenderla. De la pintura se pasa á la anatomía, del drama á la filosofía moral, de las grandes adivinaciones poéticas á las grandes concepciones